

textiles, por un lado, y por el otro de nuestro estaño y nuestro hierro. Vivimos a este respecto en perpetua inseguridad y pagamos, pudiendo evitarlo, sin duda, un oneroso tributo. Nuestros transportes, en crisis también, requieren la preocupación inteligente de los mejor informados sobre tan importante materia.

Generalizando un poco más, nuestro régimen de impuestos sigue como petrificado bajo el concepto del fiscalismo español que sólo pensaba en el comercio para cargarle contribuciones. Vemos persistir ahora mismo errores tan graves como la prohibición de exportar, que es la sistematización del ataque a la libertad de comercio, o la explotación del correo como industria productora de renta, cuando debe ser tan sólo un órgano auxiliar de toda la actividad del país: un servicio sin propósito de ganancia. Asígnase la misma importancia directamente lucrativa al Banco del estado, y nuestra propia organización monetaria es tan singular, que el oro acumulado en la caja llamada de conversión engendra papel, y produce una circulación a la vez hipertensa y sobresaturada que fomenta la carestía. Nuestro problema obrero está postergado a título de fenómeno policial, cuando todas las fuerzas vivas del país, la vuestra inclusive, debieran hallarse ocupadas en buscarle solución. Precisaría quizá constituir una especie de comité central de vuestras cámaras, donde se llevara y se discutiera, y también se premiara y se recomendara por justo estímulo, iniciativas, proyectos, ocurrencias de nuestro particular interés, o del general que lo comprendiera.

¿Creéis que una acción así podría inspirar desconfianzas políticas, o que ningún gobierno la iba a rechazar si lealmente se la brindabais en colaboración?

Por otra parte, si seguís reunidos para contribuir a la obra de la paz codificada por el documento de Versailles, el gobierno actual ha de mirarlo con simpatía; porque él está en lo mismo como adherente a la liga de las naciones, y porque tiene declarado también que la causa de los aliados fué la suya.

Tenéis que atender, pues con no querer hacerlo no remediáis nada, a la reacción antiextranjera que se está fomentando con el nombre de nacionalismo. Reacción que da en contra vuestra, pues bajo su acérrima «argentinidad» es, repítolo, una empresa germanófila.

Su idea fundamental es una importación monárquica que efectuaron algunos gringos de dudosa nacionalidad y no pocos malos hijos de gringo. Entró aquí, como en muchos otros países, a son de tambor, bajo el pun-

tiagudo casco del servilismo y de la derrota. Encarna al propio tiempo una disparatada reacción virreinal, pero no hacia aquella fuerte y brava España cuya sangre de conquistador nos enorgullecemos algunos de llevar en las venas, sino hacia la España austriaca y borbónica, que es decir antiespañola por absolutista; aquella que nuestros padres arrojaron un día de estas tierras con merecido baldón.

¿Y para qué por ventura? ¿Para quedarse aislados otra vez en la soledad de sus Pampas y de sus Chacos? No, sin duda; antes para entenderse con los gringos de Francia, de Inglaterra, de Italia, y llamarlos no como a forasteros, sino como a conciudadanos, para formar la patria sin extranjeros en que su ensueño de grandeza consistía.

Ni qué otra cosa puede ser tampoco una patria de justicia y libertad. Si en nombre de la justicia tengo que preferir un extranjero honrado a un argentino bribón, ha de parecerme inicuo que un bribón por ser argentino resulte superior a un extranjero honrado. Los privilegios de nacimiento son, precisamente, la cosa más antirrepublicana que existe.

Tengo al declararlo la perfecta serenidad que inspiran la razón y la buena compañía. En el ejército semigaucho de 1852 se reían de Sarmiento por gringo, y Sarmiento es para los argentinos de ahora el tipo superior de que se enorgullecen.

Si somos verdaderos demócratas, debemos honradamente convenir en que el derecho de gobernar para nosotros y para los extranjeros, nos impone el deber de hacerlo con ellos. Si el incremento de la riqueza nacional nos

inspira patriótica satisfacción, tenemos que considerar con patriótica simpatía a quienes en ello tan ampliamente colaboran, ¿Por qué es que nunca hay miembros del alto comercio, nombrados a título de tales, en los consejos directivos de nuestras facultades y academias del ramo?

Desde el momento en que un extranjero útil vincula su existencia a nuestro país, su vida empieza a ser, quiéralo él o no, una vida argentina. Basta para entenderlo una mediana inteligencia. Para tornarlo amable y hermoso, basta asimismo un poco de cordialidad.

Tal fué la palabra que el 25 de mayo nos enseñó la primera junta en su primera proclama. Cordialidad cuya persuasión llegue, añadía, «hasta los últimos términos de la tierra». Libertad, igualdad, cantó luego el himno. Y en nombre de estos mismos principios se consumó un año há, sobre los campos predestinados de Francia, la victoria definitiva que celebramos.

¿Cómo hablar, entonces, de extranjeros, sin mengua de aquella «herencia de mayo» cuya participación reconocemos a los hombres del mundo entero en documentos augustos? A los que «quieran» habitar nuestro suelo, dice la constitución, reconociendo en la libertad de todo ser humano la razón y la causa supremas. Y de este modo, señores, para nuestra Argentina amada y hermosa, no es extranjero, desde que entra bajo su ley, ningún hombre de buena voluntad.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nota. Buenos Aires, 21 de noviembre de 1919).

UNA VIDA

MI madre balbuceó la despedida y salió. Cuando Adela, una hermana a la que llevo un año y yo, que entonces tenía cinco, nos vimos por primera vez lejos de aquel ser amado que ya nos abandonó para siempre, corrimos sollozando en su seguimiento. Ante el obstáculo infranqueable de una puerta, dos chiquillos golpearon y lloraron desesperadamente. En la calle una mujer oía los golpes y los gritos, sin valor para alejarse, y lloraba.

Las manos cariñosas de la dueña del colegio tomaron las nuestras e intentaron consolarnos y hacernos olvidar a la ausente. Dos o tres colegialas de las mayores la ayudaron en esta labor misericordiosa. Si algo hubiera podido sustituir el hogar a dos niños de corta edad, sin duda lo obtuviera aquella escuelita mixta. Era familiar. La directora, a quien nunca se daba este

título sino únicamente el antonomástico de la Señorita, tenía en la cara, de un moreno pronunciado, una gran mancha oscura y una gran luz de bondad. Era de unos cuarenta años. Era gorda. Era baja.

El profesorado estaba constituido, casi exclusivamente, por la directora y propietaria del colegio, a la que ayudaban en sus funciones una profesora de costura y las alumnas de más años.

La casa era pequeña y de techo bajo. Una salita, a la que daban carácter dos buenas esculturas de niños dioses, encerrados en sus fanales de vidrio y cubiertos de flores y numerosas imágenes de santos, pendientes de las paredes; el dormitorio de la maestra; una pieza algo más amplia, sin serlo mucho, que servía de salón de clase a unas veinte alumnas; el comedor, habilitado para separar, en determinadas